

le traería usted los esplendores de la corte, encontraría en su rostro un reflejo de las fiestas mundanas y daría fuerza á sus quejas. Tenga piedad de una debilidad que el mismo Dios perdonó á su Hijo, hecho hombre. ¿Qué mérito hay en vencer sin adversario? Permítame que su confesor y yo, dos ancianos, cuyas ruinas no ofenden su vista, la preparemos para una visita inesperada, para emociones á que el abate Birotteau le había exigido que renunciase; pero hay en las cosas del mundo una invisible trama de causas celestes que un ojo religioso advierte, y, si ha venido usted aquí, tal vez le trajo una de esas excelentes estrellas que bullen en el mundo moral y que conducen hacia la tumba como hacia la cuna...

Luego, empleando esa misteriosa elocuencia que cae en el corazón como un rocío regenerador, me dijo que hacía seis meses que la condesa sufría cada día más, á pesar de los cuidados del señor Origet. El doctor había ido todas las tardes, durante dos meses, á Clochegourde, queriendo arrancar aquella presa á la muerte, y la condesa le había dicho: «¡Sálveme usted!» «Pero, para curar el cuerpo, sería preciso curar el corazón», le dijo un día el viejo médico.

Á medida que el mal ha ido progresando, las palabras de aquella mujer tan dulce han ido haciéndose amargas—me dijo el abate Dominis.—Pide á la tierra que la conserve, en vez de pedir á Dios que la reciba, y luego se arrepiente de murmurar contra los decretos de la Providencia. Estas alternativas le desgarran el corazón y hacen horrible la lucha del cuerpo y del alma. ¡Con frecuencia el cuerpo triunfa! «¡Muy caros me cos-

taís!» dijo un día á Santiago y á Magdalena rechazándolos de su lecho. Pero en el mismo instante, llamada á Dios por mi presencia, dirigió á su hija estas palabras angelicales: «La felicidad de los demás es el júbilo de los que no pueden ser felices.» Y su acento fué tan desgarrador, que sentí brotar las lágrimas de mis ojos. Cae, es verdad, pero á cada paso en falso, se levanta más alta hacia el cielo.

Abrumado por aquellos mensajes sucesivos que el azar me enviaba y que en aquel gran concierto de infortunios preparaban para dolorosas modulaciones el tema fúnebre, el gran grito del amor expirante, exclamé:

—¿Cree usted que ese hermoso lirio cortado volverá á florecer en el cielo?

—La dejó usted todavía en flor—me contestó,—pero la encontrará consumida, purificada en el fuego de los dolores y pura como un diamante escondido aún entre cenizas. Sí; ese brillante espíritu, esa angelical estrella saldrá espléndida de sus nubes para entrar en el reinado de la luz.

En el momento en que, con el corazón oprimido por la gratitud, estrechaba la mano de aquel hombre evangélico, el conde mostró fuera de la casa su cabeza enteramente blanca, y se lanzó hacia mí con un movimiento en el que se pintaba la sorpresa.

—¡Ella ha dicho verdad!—exclamó.—«Félix, Félix, ya está aquí Félix»—acaba de decir la señora de Mortsauf.

Y dirigiéndome una mirada en la que se pintaba un terror insensato, añadió:

—Amigo mío, la muerte está aquí... ¿por qué no se



ha dirigido á un viejo loco como yo, que ya no valgo nada?...

Reuniendo todo mi valor me dirigí al castillo, pero bajo la arcada de la crujía que, atravesando la casa, conducía desde la terraza al valle, el abate Birotteau me detuvo.

—La señora le ruega que no entre todavía—me dijo.

Dirigiendo una mirada á la casa vi á los criados yendo y viniendo, agitados, ebrios de dolor, sorprendidos sin duda por las órdenes que Manette les comunicaba.

—¿Qué sucede?—preguntó el conde asustado de aquel movimiento, tanto por el temor de un horrible suceso, como por la inquietud natural de su carácter.

—Un capricho de enferma—respondió el abate;—la señora no quiere recibir al señor vizconde en el estado que se encuentra; desea arreglarse, componerse un poco... ¿por qué contrariarla?

La doncella fué á buscar á Magdalena, y vimos á la niña que salió algunos momentos después de haber entrado en el cuarto de su madre. Luego, paseándonos los cinco, el conde, Santiago, los dos abates y yo, sumergidos en un triste silencio, á lo largo de la terraza, contemplé uno tras otro á Montbazón y Azay, mirando el valle amarillento del otoño, cuyo duelo respondía entonces como siempre á los sentimientos que me agitaban. De pronto distinguí á la niña que buscaba flores de otoño y las cogía sin duda para hacer ramilletes. Pensando en lo que significaba aquella réplica de mis cuidados amorosos, sentí conmoverse mis entra-

ñas, se oscureció mi vista, vacilé, y los dos abates, entre los cuales me encontraba, me llevaron al pretil de la terraza, donde permanecí durante algún tiempo como alelado, pero sin perder enteramente el conocimiento.

—¡Pobre Félix!—exclamó el conde—ella había prohibido que se le escribiese, pues sabe cuánto la ama usted.

Aunque preparado á sufrir, me había encontrado sin fuerzas contra una atención que resumía todos mis recuerdos de felicidad.

—¡He ahí—pensaba—esa llanura seca como un esqueleto, iluminada por una luz trémula y gris en medio de la cual se eleva un solo arbusto florido, que en otros tiempos no he podido admirar sin un siniestro estremecimiento y que era la imagen de esta hora lúgubre!

Todo estaba triste en aquella casa, antes tan ruidosa, tan animada; todo lloraba, todo revelaba la desesperación y el abandono: árboles medio podados, trabajos empezados y no concluidos, obreros de pie mirando al castillo. Aunque se estaba en la vendimia, no se oía ningún ruido; las viñas parecían inhabitadas, tan profundo era el silencio. Andábamos como gentes cuyo dolor rechaza las palabras fútiles, y escuchábamos al conde, único de nosotros que hablaba. Después de algunas frases dictadas por ese amor maquinal que profesaba á su mujer, el conde fué conducido por la pendiente de su espíritu á quejarse de la condesa. Según decía, su mujer jamás había querido cuidarse ni escucharle cuando le daba buenos consejos: él había advertido el primero los síntomas del mal, pues los había



estudiado en sí mismo, los había combatido y se había curado solo, sin otro auxilio que el de un régimen y evitando toda emoción fuerte; hubiera podido también curar á la condesa, pero un marido no puede aceptar semejantes responsabilidades, y mucho menos cuando tiene la desgracia de ver su experiencia siempre y en todo desdeñada. Á pesar de sus observaciones, la condesa había tomado por médico á Origet, y éste, que tan mal le había curado á él, mataba á su mujer. Si aquella enfermedad reconocía por causa disgustos excesivos, él los había tenido de todas condiciones; pero, ¿cuáles podían ser los disgustos de su mujer? La condesa era feliz, no tenía penas ni contrariedades; su fortuna, gracias á sus cuidados y á sus buenas ideas, estaba en estado satisfactorio; dejaba á la señora de Mortsauf reinar en Clochegourde; sus hijos, bien educados y con perfecta salud, no le daban la menor inquietud; ¿de dónde, pues, procedía el mal? Y disenta y mezclaba la expresión de su desesperación con acusaciones insensatas, y en seguida, atraído por algún recuerdo á la admiración que merecía tan noble criatura, algunas lágrimas brotaban de sus ojos, secos hacía ya tiempo.

Magdalena vino á advertirme que su madre me esperaba. El cura Birotteau me siguió. La grave joven permaneció al lado de su padre, diciendo que la condesa deseaba estar sola conmigo, y pretextando la molestia que le causaría á su madre la presencia de muchas personas. La solemnidad de aquel momento produjo en mí esa impresión de calor interior y de frío exterior que se apodera de nosotros en las grandes circunstan-

cias de la vida. El cura Birotteau, uno de esos hombres que Dios ha señalado como suyos revistiéndolos de dulzura y de sencillez y concediéndoles paciencia y misericordia, me llamó aparte.

—Señor—me dijo,—sepa que he hecho todo lo que humanamente era posible para impedir esta reunión. La salud de esa santa lo exigía así. No he visto más que á ella, y no á usted. Ahora que va usted á ver á aquella cuyo acceso debía haberle sido prohibido por los ángeles, sepa que permaneceré entre ustedes dos para defenderla de usted y tal vez de ella misma. Respete su debilidad. No le pido á usted clemencia para ella como sacerdote, sino como un humilde amigo que no creía usted tener, y que sólo quiere evitarle á usted remordimientos. Nuestra querida enferma muere precisamente de hambre y de sed. Desde esta mañana es presa de la irritación febril que precede á esa horrible muerte, y no puedo ocultarle á usted cuánto siente morir. Los gritos de su carne sublevada se apagan en mi corazón, hiriendo ecos demasiado tiernos aún; pero el señor de Dominis y yo hemos aceptado este deber religioso á fin de evitar el espectáculo de esta agonía moral á esa noble familia, que no reconoce ya á su estrella nocturna y matutina; pues su esposo, los niños y los criados, todos preguntan: «¿Dónde está?», tanto ha cambiado. Al verle á usted, las quejas comenzarán. Deje los pensamientos del hombre mundano, olvide las vanidades del corazón, y sea al lado de ella el auxiliar del cielo y no el de la tierra. Que no muera esa santa en una hora de duda, dejando escapar palabras de desesperación.

Yo no respondí nada. Mi silencio consternó al pobre



confesor. Yo veía, oía y caminaba, y sin embargo no estaba ya en la tierra. Esta reflexión: «¿Qué ha sucedido, pues?», engendraba aprehensiones tanto más crueles, cuanto que eran indefinibles: comprendía todos los dolores juntos. Llegamos á la puerta de la habitación, la cual me abrió su confesor inquieto. Vi entonces á Enriqueta vestida de blanco y sentada en su pequeño canapé, colocado delante de la chimenea adornada de nuestros dos jarrones llenos de flores; además, había flores sobre el velador colocado ante la ventana. El rostro del abate Birotteau, estupefacto ante el aspecto de aquella fiesta improvisada y del cambio de aquella habitación súbitamente restablecida á su antiguo estado, me dió á entender que la moribunda había desterrado el repugnante aparato que rodea la cama de los enfermos. Había empleado las últimas fuerzas de una fiebre expirante en adornar su desordenada habitación para recibir en ella dignamente á aquél á quien amaba en aquel momento más que todo lo del mundo. Bajo las ondas de los encajes, su rostro adelgazado, que tenía la palidez verdosa de las flores de la magnolia cuando se entreabren, aparecía como aparecen en la tela amarilla de un retrato los primeros contornos de una cabeza querida dibujada á la creta; pero para comprender cómo se hundió en mi corazón la garra del buitre, suponed terminados y llenos de vida los ojos de este diseño, unos ojos hundidos que brillaban con brillo inusitado en un rostro apagado. Ya no tenía la tranquila majestad que le comunicaba la constante victoria que obtenía sobre sus dolores. Su frente, la única parte de su rostro que había conservado sus hermosas proporciones, ex-

presaba la audacia agresiva del deseo y de las amenazas reprimidas. Á pesar de los tonos amarillentos de su rostro alargado, fuegos interiores se escapaban de él por medio de un brillo semejante al fluido que llamea por encima de los campos después de un día caluroso. Sus ojos y sus mejillas hundidas dejaban ver las formas interiores de su rostro, y la sonrisa que formaban sus labios pálidos se parecía vagamente á la mueca de la muerte. Su vestido, cruzado sobre su seno, atestiguaba la delgadez de su hermoso cuerpo. La expresión de su cabeza decía bastante claro que había cambiado y que este cambio la desesperaba. Ya no era mi deliciosa Enriqueta, ni la sublime y santa señora de Mortsaufr; era el algo sin nombre de Bossuet que luchaba contra la nada, y que el hambre y los deseos engañados empujaban al combate egoísta de la vida contra la muerte. Fui á sentarme al lado de ella, tomándole, para besarla, su mano, que sentí abrasada y seca. Adiviné mi dolorosa sorpresa por el esfuerzo mismo que hice para disimularla. Sus labios descoloridos se tendieron entonces sobre sus dientes hambrientos, para ensayar una de esas sonrisas forradas bajo las cuales ocultamos igualmente la ironía de la venganza, la espera del placer, la embriaguez del alma y la rabia de una decepción.

—¡Ah! ¡es la muerte, mi pobre Félix—me dijo ella,—usted no ama la muerte! la muerte odiosa, la muerte por la cual toda criatura, hasta el amante más intrépido, siente horror. Aquí termina el amor: ya lo sabía. Lady Dudley no le verá ya á usted nunca más asombrado de su cambio. ¡Ah! ¿por qué le he deseado tanto á usted, Félix? Al fin ha venido usted, y yo le recom-



penso esa adhesión con el horrible espectáculo que hizo antaño del conde de Rancé un trápense; yo que deseaba permanecer hermosa y grande en su mente y vivir en ella como un lirio eterno, le quito sus ilusiones. El verdadero amor no calcula. Pero no huya usted, quédese. El señor Origet me ha encontrado mucho mejor esta mañana, voy á volver á la vida, renaceré bajo sus miradas. Después, cuando haya recobrado algunas fuerzas, cuando empiece á poder tomar algún alimento, entonces volveré á ser hermosa. Apenas tengo treinta y cinco años, y puedo aún esperar hermosos años. La dicha rejuvenece, y quiero conocer la felicidad. Tengo proyectos deliciosos: *les* dejaremos en Clochegourde é iremos juntos á Italia.

Las lágrimas humedecieron mis ojos y me volví hacia la ventana como para mirar las flores; el cura Birotteau vino á mí precipitadamente, se inclinó hacia el ramo de flores y me dijo al oído:

—¡No llore!

—Enriqueta, ¿ya no ama usted nuestro querido valle? —le respondí á fin de justificar mi brusco movimiento.

—Sí—dijo ella colocando su frente en mis labios con un movimiento mimoso;—pero sin usted me es funesto... *Sin ti*—repuso rozando mi oreja con sus labios para dejar en ella estas dos sílabas como dos suspiros.

Me espanté de aquella loca caricia que agrandaba aun más los terribles discursos de los dos sacerdotes. En este momento, mi primera sorpresa se disipó; pero si pude hacer uso de mi razón, mi voluntad no fué bastante fuerte para reprimir el movimiento nervioso que

me agitó durante aquella escena. Yo escuchaba sin responder, ó mejor dicho, respondía por medio de una sonrisa fija y signos de asentimiento para no contrariarla, obrando como una madre con su hijo. Después de haber quedado admirado de la metamorfosis de la persona, me apercibí que la mujer, en otro tiempo tan imponente por sus sublimidades, tenía en la actitud, en la voz, en las maneras, en las miradas y en las ideas la cándida ignorancia de un niño, las gracias ingenuas, la avidez de movimiento y la despreocupación profunda de lo que no es su deseo, ó, en fin, todas las debilidades que recomiendan al niño á la protección. ¿Sucede así con todos los moribundos? ¿se despojan de todos los disfraces sociales, lo mismo que el niño no se ha revestido aún de ellos? Ó, encontrándose al borde de la eternidad, la condesa, no aceptando de todos los sentimientos humanos más que el amor, ¿expresaba la suave inocencia á la manera de Cloé?

—Como antes, va usted á devolverme la salud, Félix—dijo ella,—y mi valle me será benéfico. ¿Cómo dejaré de comer lo que usted me presente? ¿Es usted tan buen enfermero! Además, está usted tan rico de vida y de salud, que á su lado la vida es contagiosa. Amigo mío, ¡pruébeme usted, pues, que no puedo morir, morir engañada! Crean que mi mayor dolor es la sed. ¡Oh! sí, tengo mucha sed, amigo mío. El agua del Indre me causa mucho daño cuando la veo, pero mi corazón tiene una sed más ardiente. Tenía sed de ti—me dijo con voz más apagada cogiéndome las manos entre las suyas ardientes y atrayéndome hacia ella para decirme estas palabras al oído:—¡mi agonía ha sido el no verte!



¿No me has dicho que viva? quiero vivir. También yo quiero montar á caballo, quiero conocerlo todo, París, las fiestas, los placeres.

¡Ah! Natalia, este clamor horrible, que el materialismo de los sentidos engañados hace frío á distancia, nos hacía zumbiar los oídos al anciano sacerdote y á mí: los acentos de aquella voz magnífica pintaban los combates de toda una vida, las angustias de un verdadero amor engañado. La condesa se levantó con un movimiento de impaciencia, como un niño que quiere un juguete. Cuando el confesor vió á su penitenta de aquel modo, cayó de repente de rodillas, juntó las manos y oró.

—¡Sí, vivir!—dijo ella haciendo que me levantase y apoyándose en mí—vivir de realidades y no de mentiras. Todo ha sido mentira en mi vida. Desde hace algunos días he contado esas imposturas. ¿Es posible que muera, yo que no he vivido, yo que no he ido nunca á buscar á nadie á una landa?

Se detuvo, pareció escuchar y sintió á través de las paredes no sé qué olor.

—¡Félix! las vendimiadoras van á comer, y yo, yo—dijo con voz de niño,—que soy la dueña, tengo hambre. También la tengo de amor; ¡ellas sí que son felices!

—¡*Kyrie eleison!*—decía el pobre cura, que con las manos juntas y los ojos elevados al cielo, recitaba la letanía.

Enriqueta pasó sus brazos alrededor de mi cuello, me abrazó violentamente y me estrechó diciendo:

—¡Ya no se me escapará usted más! Quiero ser

amada, haré locuras como lady Dudley, aprenderé el inglés para saber decir bien: *My dee*.

Me hizo un signo de cabeza como solía hacerme antaño, cuando me dejaba para decirme que volvería al instante.

—Comeremos juntos—me dijo,—voy á prevenir á Manette.

En este momento se detuvo á causa de una debilidad que le sobrevino, y la acosté vestida en su cama.

—Ya me ha llevado usted otra vez así—me dijo abriendo los ojos.

Era muy ligera, pero sobre todo muy ardiente; al cogerla, sentí su cuerpo que quemaba atrocemente. El señor Deslandes entró y se asombró de ver la habitación tan adornada; pero al verme se lo explicó todo.

—Se sufre mucho para morir, señor—le dijo ella con voz alterada.

El médico se sentó, tomó el pulso á la enferma, se levantó bruscamente, fué á hablar en voz baja con el sacerdote, y salió; yo le seguí.

—¿Qué va á hacer usted?—le pregunté.

—Evitarle una espantosa agonía—me dijo.—¿Quién podría creer en tanto vigor? No comprendemos cómo vive aún, más que pensando en la manera cómo ha vivido. Con hoy hace cuarenta y dos días que la señora condesa no ha bebido, comido ni dormido.

El señor Deslandes llamó á Manette. El cura Biroteau me condujo á los jardines.

—Dejemos obrar al doctor—me dijo.—Ayudado por Manette, va á rodearla de opio. Ya lo ha oído usted—



añadió—caso de que ella sea cómplice de esos arrebatos de locura!...

—No—dije yo,—ya no es la misma.

Yo estaba anonadado por el dolor. Cuanto más pensaba, más extensión alcanzaba cada detalle de aquella escena. Salí bruscamente por la puertecita situada debajo la terraza, y fui á sentarme en la canoa, donde me oculté para poder devorar á solas mis pensamientos. Traté de sustraerme á aquella fuerza por la cual vivía, suplicio comparable á aquel por medio del cual los tártaros castigaban el adulterio cogiendo un miembro del culpable entre una pieza de madera y dejándole un cuchillo para que se lo cortase, si no quería morir de hambre: lección terrible que sufría mi alma, cuya mitad más hermosa tenía que cortarme. ¡Mi vida estaba destrozada también! La desesperación me sugería las ideas más raras. Tan pronto quería morir con ella, como deseaba ir á encerrarme á la Meilleraye, donde acababan de establecerse los trapenses. Mis ojos, empañados, no veían ya los objetos exteriores. Contemplaba las ventanas del cuarto donde sufría Enriqueta, creyendo ver en él la luz que lo iluminaba durante la noche en que me había prometido á ella. ¿No debía haber obedecido á la sencilla vida que ella me había creado, conservándome para ella entregado al trabajo? ¿No me había ordenado ella que fuese un gran hombre, á fin de preservarme de las pasiones bajas y vergonzosas que yo había sufrido, como todos los hombres? ¿No era la castidad una sublime distinción que yo no había sabido guardar? El amor, como lo concebía Arabella, no tardó en aburrirme. En el momento en que levantaba mi aba-

tada cabeza preguntándome de dónde me provendría en lo sucesivo la luz y la esperanza, y qué interés tendría para mí la vida, el aire fué agitado por un ligero ruido. Me volví hacia la terraza y vi en ella á Magdalena que se paseaba lentamente. Mientras que yo subía á la terraza para pedir cuenta á aquella niña querida de la fría mirada que me había dirigido en la cruz, Magdalena se había sentado en el banco, y cuando me vió á mitad del camino, se levantó, fingió no haberme visto para no encontrarse á solas conmigo y apresuró el paso de una manera significativa.

La pobre me odiaba, hufa del asesino de su madre. Cuando volví á Clochegourde, pude ver á Magdalena de pie, inmóvil como una estatua en la escalinata exterior escuchando el ruido de mis pasos. Santiago estaba sentado en un peldaño, y su actitud denotaba la misma insensibilidad que me había admirado cuando nos paseábamos juntos y que me había inspirado esas ideas que dejamos en el fondo de nuestra alma para reflexionar después acerca de ellas con tiempo. Noté que los jóvenes que llevan en sí la muerte son todos insensibles en los funerales. Quise interrogar á aquella alma sensible. ¿Había guardado Magdalena sus pensamientos para sola ó había comunicado también su odio hacia mí Santiago?

—Ya sabes que tienes en mí al más cariñoso de los hermanos—le dije para entablar conversación.

—No necesito para nada su amistad, porque no tardaré en seguir á mi madre—me contestó dirigiéndome una mirada hurafía.

—¿Tú también, Santiago?—exclamé.



El joven tosió, se apartó de mí, y después, al dar la vuelta, me enseñó su pañuelo ensangrentado diciéndome:

—¿Comprende usted?

Todos tenían en aquella casa su fatal secreto. Como pude ver más tarde, el hermano y la hermana huían uno de otro. Una vez muerta Enriqueta, todo caía deshecho en Clochegourde.

—La señora duerme—vino á decirnos Manette satisfecha al saber que la condesa no sufría.

En estos espantosos momentos, aunque todo el mundo conozca el inevitable fin, los afectos verdaderos se exacerban y se aprovechan cuidadosamente de los escasos momentos de dicha. Los minutos son siglos, se desea que los enfermos puedan descansar sobre rosas, anhela uno tener sus sufrimientos y se ansía que el último suspiro sea para ellos inesperado.

—El señor Deslandes ha mandado quitar las flores, porque excitaban demasiado los nervios de la señora—me dijo Manette.

Así, pues, las flores habían causado su delirio, sin que ella resultara cómplice. Los amores de la tierra, las fiestas de la fecundación, las caricias de las plantas la habían embriagado con sus perfumes, y sin duda habían despertado los pensamientos de amor feliz adormecidos en ella desde su juventud.

—Venga usted, don Félix, venga á ver á la señora, que está hermosa como un ángel—añadió Manette.

Entré en la habitación de la moribunda en el mismo momento en que el sol llegaba á su ocaso iluminando la cúspide del palacio de Azay. Todo permanecía tran-

quilo y puro. Una suave luz iluminaba el lecho en que descansaba Enriqueta, bañada en opio. En aquel momento el cuerpo estaba, por decirlo así, anulado; sólo el alma reinaba en aquel rostro, sereno como un cielo puro después de la tempestad. Blanca y Enriqueta, aquellas dos sublimes fases de la misma mujer, volvían á aparecer tanto más hermosas, cuanto que mi recuerdo, mi pensamiento y mi imaginación, ayudando á la naturaleza, reparaban las alteraciones de cada facción en que el alma triunfante enviaba sus resplandores por medio de ondas confundidas con las producidas por la respiración. Los dos curas estaban sentados á ambos lados de la cama, y el conde permanecía de pie, anonadado al reconocer los estandartes de la muerte, que flotaban ya sobre el cuerpo de aquella criatura adorada. Yo ocupé el mismo canapé en que ella se había sentado un momento antes, y á poco, los cuatro cambiamos miradas en que las lágrimas iban mezcladas con la admiración que nos causaba aquella belleza celestial. Las luces del pensamiento anunciaban la vuelta de Dios á uno de sus más hermosos tabernáculos. El cura Dominis y yo, nos hablabamos por señas, comunicándonos nuestras ideas mutuas. Sí, los ángeles velaban á Enriqueta. Las líneas de aquel rostro se purificaban, y todo en ella se agrandaba y se hacía majestuoso bajo el influjo de los invisibles incensarios de los serafines que la aguardaban. Los tintes verdes del sufrimiento corporal se tornaban en tonos completamente blancos y en la palidez fría y mate de la muerte próxima. Santiago y Magdalena entraron; Magdalena nos hizo estremecer al ver el movimiento de adoración con que se precipitó hacia la cama para



juntarle las manos á su madre y lanzar esta sublime exclamación:

—¡Pobre mamá mía!

Santiago se sonreía, como si estuviera seguro de seguir en breve á su madre.

—Ya llega al puerto—dijo el abate Birotteau.

El cura Dominis me miró como para repetirme:

—¿No había dicho yo que la estrella renacería brillante?

Magdalena permaneció con los ojos fijos en su madre, respirando cuando ella respiraba é imitando su ligero aliento, último hilo que la unía á la vida y que era contemplado con terror por nosotros, por temer que se rompiese al menor esfuerzo. Como un ángel á las puertas del santuario, Magdalena permanecía tranquila, fuerte y prosternada. En aquel momento sonó el *Angelus* en el campanario de la aldea. Las ondas del aire trajeron á nuestros oídos el campaneó que anunciaba que, á aquella hora, toda la cristiandad repetía las palabras dichas por el ángel á la mujer que redimió las faltas de su sexo. Aquella noche el *Ave María* nos pareció la salutación del cielo. La profecía era tan clara y el acontecimiento estaba tan próximo, que todos rompimos en llanto. Los murmullos del obscurecer, la brisa melodiosa del follaje, los últimos gorjeos de los pájaros, los zumbidos de los insectos, el curso de las aguas, el grito plañidero de la rana, todo el campo decía adiós al lirio más hermoso del valle, á su vida sencilla y campestre. Aquella poesía religiosa, unida á todas estas poesías naturales, expresaba tan bien el canto de partida, que no tardaron en repetirse nuestros sollozos. Aunque la puerta del cuarto

estuviese abierta, permanecíamos todos tan sumidos en aquella terrible contemplación, cual si quisiésemos grabar para siempre en nuestra mente su recuerdo, que no habíamos visto á los criados de la casa arrodillados formando un grupo donde se decían fervientes plegarias. Todas aquellas pobres gentes, acostumbradas á la esperanza, creían que podrían conservar aún á su amo, y aquel presagio tan claro los agobió de dolor. Obedeciendo á una seña del cura Birotteau, el anciano piquero salió para ir á buscar al cura de Saché. El médico, de pie al lado de la cama, tranquilo como la ciencia, mantenía entre las suyas la adormecida mano de la enferma, é hizo una seña al confesor para anunciarle que aquel sueño era la última hora que le quedaba al ángel llamado. Había llegado el momento de administrarle los últimos sacramentos de la iglesia. Á las nueve, Enriqueta despertó poco á poco, nos miró con ojos sorprendidos, pero cariñosos, y todos volvimos á ver á nuestro ídolo hermoso como en sus más hermosos días.

—Madre mía, eres demasiado hermosa para morir. Ahora empezarás á recobrar la vida y la salud—dijo Magdalena.

—Hija querida, sí, viviré, pero será en ti—dijo la moribunda sonriendo.

Entonces empezaron los abrazos desgarradores de la madre á los hijos y de los hijos á la madre. El señor de Mortsauf besó piadosamente á su mujer en la frente, y la condesa, al verle, se ruborizó y me dijo:

—Querido Félix, esta es la única pena que le habré dado; pero olvide lo que haya podido decirle, porque era una insensata.



Esto diciendo, me tendió la mano, yo se la tomé para besarla, y entonces me dijo con su graciosa sonrisa de virtud:

—¿Cómo antaño, Félix?

Después de esto, salimos todos y nos fuimos al salón, mientras duraba la última confesión de la enferma. Me coloqué al lado de Magdalena. En presencia de todos, ésta no podía huir de mí sin mostrarse descortés, pero, al igual que su madre, no miraba á nadie, y guardó silencio sin dirigirme ni una sola vez una mirada.

—Querida Magdalena—le dije en voz baja—¿qué tiene usted contra mí? ¿por qué esa frialdad en un momento en que la muerte nos reconcilia á todos?

—Creo oír lo que dice en este instante mi madre—me respondió la joven.

—¿Y me condena usted en el momento en que su madre me absuelve, si es que en algo he sido culpable?

—¡Usted y siempre usted!

Su acento denotaba un odio reflexivo como el de un corso, é implacable como el de aquellos que, no habiendo estudiado la vida, no admiten ninguna atenuación á las faltas cometidas contra las leyes del corazón.

Transcurrió una hora en profundo silencio. El abate Birotteau volvió á nuestro lado después de haber recibido la confesión general de la condesa de Mortsau, y entonces volvimos á entrar todos en la habitación de la enferma en el momento en que ésta se ponía un vestido que había de servirle de sudario. La encontramos sentada en la cama, hermosa en medio de sus expiaciones y de sus esperanzas. Vi sobre la chimenea las cenizas negras de mis cartas, que acababan de ser quema-

das, sacrificio que, según me dijo el confesor, no había querido hacer hasta el momento de la muerte. Enriqueta nos sonrió á todos con su sonrisa de antaño; sus ojos, bañados en lágrimas, anunciaban que veía ya los goces celestiales de la tierra prometida.

—Querido Félix—me dijo tendiéndome la mano para estrecharme la mía,—quédese aquí. Tiene usted que asistir á una de las últimas escenas de mi vida, en la que entra usted por mucho y que no será la menos penosa de todas.

La moribunda hizo un gesto, y la puerta fué cerrada. Á invitación suya, el conde se sentó, y el abate Birotteau y yo permanecemos de pie. Ayudada por Manette, la condesa se levantó, se puso de rodillas ante el conde sorprendido, y quiso permanecer de aquel modo. Después, cuando la criada se hubo retirado, levantó la cabeza que había apoyado en las rodillas de su esposo, y le dijo con voz alterada:

—Señor, aunque me haya conducido siempre como una fiel esposa, puede haberme ocurrido que hubiese faltado á veces á mis deberes; acabo de rogar á Dios que me conceda fuerza para pedirle perdón por mis faltas. Habré podido sentir por algún amigo ajeno á la familia cariño más entrañable que el que á usted le debía. Tal vez le he irritado dejándole hacer una comparación entre los cuidados y las atenciones que tenía con esta persona y los que á usted le prodigaba. He sentido—dijo en voz baja—un cariño cuya extensión no ha sido conocida ni aún por aquella misma persona á quien se lo profesaba. Aunque haya sido siempre virtuosa con arreglo á las leyes humanas, y aunque me



considere esposa irreprochable, á veces pensamientos voluntarios ó involuntarios han acudido á mi mente y han movido mi corazón, tal vez con exceso. Pero aunque yo le haya amado á usted eternamente, aunque haya sido mujer sumisa y aunque las nubes, al pasar por su frente, no hayan alterado la pureza de mi corazón, yo solicito hoy su perdón y su bendición con frente pura. Moriré sin amargura si oigo de sus labios una palabra de cariño para su Blanca, para la madre de sus hijos, y si usted le perdona todas aquellas cosas que ella no se ha perdonado á sí misma, no obstante la absolución del tribunal que tiene facultad para perdonarnos.

—Blanca, Blanca ¿quieres matarme?—exclamó el anciano derramando de pronto lágrimas sobre la cabeza de su mujer.

Y acto continuo la levantó en sus brazos, la besó santamente en la frente y, manteniéndola en esta posición, le dijo:

—¿No tengo yo mil perdones que pedirte? ¿No he estado yo á veces duro contigo? ¿Acaso no son tus faltas escrúpulos de niño?

—Tal vez—repuso ella.—Pero, amigo mío, sea usted indulgente con las debilidades de los moribundos, tranquilíceme, y, cuando le llegue esta hora, no olvide que yo me fuí de este mundo bendiciéndole. ¿Me permite usted que deje á nuestro amigo, que está aquí presente, esta prueba de profundo cariño?—dijo enseñándole una carta que había sobre la chimenea.—En este momento sólo es mi hijo adoptivo, nada más. El corazón, querido conde, tiene sus testamentos. Mis últimos deseos imponen á nuestro querido Félix sagradas labores que

cumplir; permítame, pues, que le legue algunos de mis pensamientos. Sigo siendo mujer—dijo inclinando la cabeza con suave melancolía;—después de mi perdón le pido una gracia. Léala usted; pero únicamente después de mi muerte—añadió dirigiéndose á mí, á la vez que ponía en mis manos el misterioso escrito.

El conde vió palidecer á su mujer, y entonces la tomó en sus brazos y la llevó á su cama.

—Félix—dijo Enriqueta una vez que estuvimos todos á su alrededor,—habré podido ser culpable con usted alguna vez; habré podido causarle algunos dolores, haciéndole esperar goces ante los cuales he reulado después; pero ¿no debo á mi valor de esposa y de madre el morir reconciliada con todos? Espero que usted también me perdonará, usted que me ha acusado tantas veces y cuya injusticia me causaba tanto placer.

El abate Birotteau se puso un dedo sobre los labios, y al ver este gesto, la moribunda inclinó la cabeza, agitó las manos para decir que hiciesen entrar al clero, á sus hijos y á sus criados, y después me mostró con imperioso gesto al conde anonadado y á sus hijos que llegaban. La vista de aquel padre, cuya secreta demencia sólo nosotros conocíamos, convertido en tutor de aquellos seres tan delicados, inspiró á Enriqueta mudas súplicas, que cayeron en mi alma como un fuego sagrado. Antes de recibir la extremaunción, la enferma pidió perdón á sus criados por haberles tratado á veces duramente, imploró sus oraciones, los recomendó al conde, confesó noblemente que había proferido durante aquel último mes quejas poco cristianas que habían podido escandalizar á sus servidores, declaró que había hecho mal en



rechazar á sus hijos y en concebir sentimientos inconvenientes, achacó su falta de sumisión á la voluntad de Dios acerca de sus intolerables dolores y por fin dió gracias públicamente y con conmovedora efusión de corazón al abate Birotteau por haberle enseñado á conocer la insignificancia de las cosas humanas. Cuando hubo cesado de hablar, comenzaron las oraciones, y el cura de Saché le dió el viático. Algunos momentos después su respiración se hizo difícil, una nube cubrió sus ojos, que no tardaron en volver á abrirse, me dirigió una última mirada, y murió en presencia de todos oyendo tal vez el concierto de nuestros sollozos. En el momento en que exhaló su último suspiro, último sufrimiento de una vida que fué un largo martirio, sentí en mi interior un no sé qué que pareció afectar á todas mis facultades. El conde, yo, los dos curas y el párroco permanecimos ante el lecho mortuario toda la noche, velando al resplandor de los cirios á la muerta, tendida sobre aquella cama donde tanto había sufrido.

Aquella fué mi primera comunicación con la muerte. Permanecí toda la noche con los ojos fijos en Enriqueta, fascinado ante la expresión pura que engendra el apaciguamiento de todas las amistades y ante la blancura del rostro que yo creía aún dotado de innumerables afectos, pero que no respondía ya á mi amor. ¡Qué majestad en aquel silencio y en aquel frío! ¡cuántas reflexiones no inspira! ¡Qué belleza en aquel reposo absoluto! ¡qué despotismo en aquella inmovilidad, que resume aún todo el pasado y que es el punto de partida del porvenir! ¡Ah! la amaba muerta tanto como la había amado viva.

Por la mañana, el conde fué á acostarse. Los tres sacerdotes, cansados, se quedaron dormidos á esa hora de sopor que tanto conocen los que velan, y yo entonces, sin testigos, pude besarla en la frente con todo el amor que ella no me había permitido expresarle nunca.

Al día siguiente, en una fresca mañana de otoño, acompañamos á su última morada á la condesa. Fué conducida por el viejo piquero, por los dos Martineau y por el marido de Manette. Bajando por el camino que yo había subido tan alegremente el día que la encontré, atravesamos el vallecito del Indre para llegar al pequeño cementerio de Saché, pobre cementerio de aldea, situado detrás de la iglesia, sobre la cima de una colina, y donde, por humildad cristiana, ella quiso ser enterrada con una sencilla cruz de madera pintada de negro, como una pobre aldeana, según había dicho. Cuando, al estar en medio del valle, percibí la iglesia de la aldea y el sitio del cementerio, fuí presa de un estremecimiento convulsivo. ¡Ay de mí! todos tenemos en la vida un Gólgota, donde dejamos nuestros treinta y tres primeros años al recibir un lanzazo en el corazón, al sentir en nuestra cabeza la corona de espinas que reemplaza á la de rosas: aquella colina debía ser para mí el monte de las expiaciones. Íbamos seguidos de una multitud inmensa venida para expresar las penas de aquel valle donde ella había enterrado en silencio multitud de buenas acciones. Se supo por Manette, su confidente, que para socorrer á los pobres, economizaba en el tocado cuando sus ahorros no le bastaban. Niños desnudos vestidos, canastillas enviadas, madres socorridas, sacos de trigo entregados en invierno á los molineros para



los ancianos impotentes, una vaca regalada á alguna familia pobre, en fin, las obras de la cristiana, de la madre, de la castellana; además, dotes ofrecidas expreso para unir á una pareja que se amaba, y libramientos de quintas á jóvenes que habían caído soldados, conmovedoras ofertas de la mujer amante que decía: *La dicha ajena es el consuelo de los que no pueden ya ser felices*. Estas cosas, contadas todas las noches desde hacía tres días, habían hecho que la multitud fuera inmensa. Yo iba con Santiago y los dos sacerdotes detrás del ataúd. Según costumbre, ni Magdalena ni el conde venían con nosotros, y se quedaron solos en Clochegourde. Manette quiso ir á toda costa.

—¡Pobre señoral ¡pobre señoral ya es feliz—oí varias veces que decían todos en medio de los sollozos.

En el momento en que el cortejo dejó la calzada de los Molinos, se oyó un gemido unánime mezclado de sollozos que hacía creer que aquel valle lloraba su alma. La iglesia estaba llena de gente. Después del oficio, fuimos al cementerio donde debía ser enterrada al lado de la cruz. Cuando oí rodar los guijarros y los terrones sobre el ataúd, mi valor me abandonó, me tambaleé, rogué á los dos Martineau que me sostuviesen, y me condujeron moribundo al castillo de Saché; los dueños me ofrecieron cortesmente un asilo, y yo acepté. Te lo confieso, no quería tornar á Clochegourde, y me repugnaba volver á hallarme en Frapesle, desde donde podía ver el castillo de Enriqueta. Aquí, estaba cerca de ella. Permanecí algunos días en una habitación cuyas ventanas daban á aquel valle tranquilo y solitario de que te he hablado. Es un extenso pliegue de terreno

bordeado de robles dos veces centenarios y por donde corre un torrente en las grandes lluvias. Aquel espectáculo convenía á la meditación solemne y severa á que quería entregarme. Había reconocido, durante el día que siguió á la fatal noche, lo importuna que sería mi presencia en Clochegourde. El conde había experimentado violentas emociones con la muerte de Enriqueta, pero, como esperaba aquel desenlace, había en el fondo de su pensamiento una resolución tomada que parecía indiferencia. Me había apercibido de ello varias veces, y cuando la condesa, prosternada, me entregó aquella carta que yo no osaba abrir, cuando habló de su afecto por mí, este hombre sombrío no me dirigió la mirada fulminante que yo esperaba de él. Había atribuído las palabras de Enriqueta á la excesiva delicadeza de aquella conciencia que él sabía que era tan pura. Aquella insensibilidad de egoísta era natural. Al igual que sus cuerpos, las almas de aquellos dos seres no se habían unido, no habían tenido jamás esas constantes comunicaciones que reavivan los sentimientos; no habían cambiado nunca ni penas ni placeres, esos lazos tan fuertes que nos hacen añicos cuando se rompen, porque tocan todas nuestras fibras, porque se han enlazado en los pliegues de nuestro corazón, al mismo tiempo que han acariciado el alma, que sancionaba cada uno de aquellos lazos. La hostilidad de Magdalena me cerraba las puertas de Clochegourde. Esta dura joven no estaba dispuesta á hacer un pacto, con su odio, sobre la tumba de su madre, y me hubiese visto horriblemente embrazado entre el conde que me hablaría de él, y la dueña de la casa, que me daría muestras de una invencible